

SOLIDARIDAD MINERA: UN EJEMPLO DE RESPONSABILIDAD SOCIAL

MINING SOLIDARITY: AN EXAMPLE OF SOCIAL RESPONSABILITY

Fina Antón Hurtado*

Universidad de Murcia (España)

Jacinto Prieto Pando**

Universidad de Murcia (España)

Resumen

Partiendo del enfoque etnográfico realizado en la Cuenca Minera de Sabero se muestra como los valores de solidaridad caracterizan a los pobladores de estos territorios, personas que se identifican con un oficio que se desarrolla en un contexto y ambiente peculiar. Los valores se transmiten a través de los agentes de socialización que representan la familia, el sistema educativo, el grupo de iguales, el ámbito laboral y los medios de comunicación, configurando un ejemplo de responsabilidad social entre un grupo de personas que comparten una identidad colectiva y ostentan un mismo repertorio cultural que les da sentido como grupo identitario.

Palabras clave: Antropología. Identidad. Minería. Valores. Solidaridad.

Abstract

Starting from the ethnographic approach carried out in the Sabero Mining Basin, this paper shows how the values of solidarity characterize the inhabitants of these territories, people who identify themselves with an occupation that takes place in a particular context and environment. These values are transmitted through the socialization agents that represent the family, the educational system, the peer group, the work environment and the media, setting an example of social responsibility between a group of people who share a collective identity and hold the same cultural repertoire that gives them meaning as an identity group.

Key words: Anthropology. Social Responsibility. Identity. Mining. Values. Solidarity.

* Profesora titular de Antropología Social. Departamento de Ciencia Política, Antropología Social y Hacienda Pública. Área de Antropología Social. Universidad de Murcia (España).

** Licenciado en Antropología Social y Cultural. Doctor por la Universidad de Murcia (España), dentro del Programa de Sociedad, Desarrollo y Relaciones Laborales.

INTRODUCCIÓN

A lo largo de su historia el ser humano ha ocupado parte de su tiempo en desvelar los secretos que guarda la naturaleza en su interior, a través del desarrollo de la minería, actividad que abarca un amplio campo de operaciones extractivas que se pueden clasificar según la función a los que se destina el producto obtenido: funciones energéticas como las del gas natural, petróleo, carbón, etc., o no energéticas como las de la pizarra, oro, plata, etc. En esta investigación nos centramos en la minería del carbón, una de las materias primas fundamentales en el desarrollo de la revolución industrial.

La minería del carbón en Asturias y León ocasionó un tránsito de la sociedad rural agrícola ganadera a la industrial, al ser un sector que precisa numerosa mano de obra influye notoriamente en la estructura demográfica, en la organización social, económica y paisajística. Sector que ejerce una gran influencia sobre el territorio donde se instala, hasta tal situación, que le impone una nueva denominación: cuencas mineras. Impacto económico y social, que representa la industrialización así como también la posterior desindustrialización que supone el cierre de las minas.

La minería representa una actividad clave para llegar a mostrar una forma de relación entre el hombre y el medio en el que habita, contamos con un marco ideal para observar un colectivo de personas que poseen una cultura de fuerte raigambre y destacan como un grupo de fuertes rasgos de identidad colectiva, con valores de solidaridad y compañerismo al haber desarrollado el trabajo en un medio subterráneo adverso, no habilitado para la presencia humana al carecer de oxígeno y de luz natural. Y cómo esto influye en sus vidas más allá del contexto laboral en territorios alejados de las Cuencas Mineras.

El éxodo rural en las comarcas mineras de Asturias y León en los últimos cincuenta años incluye un volumen considerable de mineros que han salido de las cuencas mineras: por una parte de mineros jubilados que lo hacen de forma continua y escalonada según van adquiriendo esta condición laboral, por otra parte los que aún están en edad laboral que han visto como se cierra su puesto de trabajo y se tienen que desplazar en busca de empleo a otras localidades, siendo la capital de provincia y los grandes núcleos urbanos como Madrid, Bilbao o Barcelona donde más se dirigen, mientras que los jubilados eligen las poblaciones costeras de Alicante como los principales destinos de sol y playa. Siguiendo los pronósticos declarados por Clifford (1999: 31) “En la historia de la antropología del siglo XX, los “informantes” aparecen primero como nativos y luego surgen como “viajeros”,

hecho que no es de extrañar en una sociedad que en que gran parte de sus habitantes se desplazan en alguna época de su vida”.

El tema de los mineros en España ha sido tratado desde varios estudios antropológicos precedentes: Checa (1995), Menéndez (1996), García (1996), Escalera (1995), Ruiz (2002) y Sánchez (2004), donde se centran sobre todo en los miembros de este colectivo desde los contextos donde se desarrollaba dicha actividad.

El trabajo que aquí presentamos se justifica porque amplía el campo de observación a otro escenario etnográfico fuera de las cuencas mineras. El trabajo de campo se lleva a cabo entre los mineros que residen en los pueblos costeros de Alicante, sorprendentemente nos encontramos con un amplio grupo de mineros asturianos y leoneses que al jubilarse han trasladado su residencia a la población costera de Torrevieja. Observando que las personas que conforman este colectivo tienen una trayectoria laboral con numerosas coincidencias, y varios rasgos identitarios comunes: trabajaron en las minas, experimentan una ruptura de modelos, salen de “lo conocido”, del enclave industrial de las cuencas mineras con un paisaje cultural concreto y se instalan en “lo desconocido”, en la parte opuesta de la península, en territorios del Mediterráneo, con distinto clima, paisaje y costumbres, pero lo hacen con la confianza que ofrece desplazarse a una localidad como Torrevieja, donde desde finales del siglo XX se encuentra asentada una colonia de mineros asturianos y leoneses. El objetivo principal de esta contribución consiste en analizar cómo influye en los valores de estas personas la experiencia de residir en una cuenca minera.

DISEÑO Y MÉTODO

El trabajo etnográfico sobre el que se sustenta este estudio antropológico se realiza en dos contextos geográficos, pues si bien unos informantes continúan residiendo en las cuencas mineras, otros residen en Torrevieja, y algunos otros una temporada del año en cada uno de ambos lugares. Todos ellos nos remiten frecuentemente en sus discursos al contexto cultural de las minas donde se han socializado durante gran parte de sus vidas. Por ello el horizonte temporal de esta investigación se extiende y abarca desde el desarrollo del sector industrial minero en la mitad del siglo XX, que en las comarcas de Asturias y León sobrellevó una gran atracción de mano de obra, un notable desarrollo sociocultural con el florecimiento de la actividad económica y una transformación paisajística en estas zonas; hasta el año 2018 marcado por el declive inexorable, protagonizado por el cierre de las últimas explotaciones mineras y con ello el desmantelamiento de todo el entramado social,

económico y cultural.

Se pone especial atención sobre la Cuenca Minera de Sabero, situada en la parte oriental de la Montaña Leonesa, cuyo ayuntamiento está constituido por cinco pueblos (Alejico, Olleros, Sabero, Sahelices y Sotillos) donde en los años 60 se llegó a tener más de 5.000 habitantes y en el año 2019 ha descendido a 1.140. Tendencia contraria al otro lugar de estudio que conforma Torrevieja, que en los años 60 contaba con 9.564 personas empadronadas y en el año 2019 se contabilizan 85.231 habitantes.

Proponemos como hipótesis de estudio que todo el sistema de valores que subyace en las personas se transmite entre los miembros de un grupo a través de la socialización, entendida esta como:

“Proceso social por medio del cual los niños desarrollan una conciencia de las normas y valores y adquieren un sentido definido del yo (self), aunque los procesos de socialización son de particular importancia en la infancia y la adolescencia, en cierta medida continúan a lo largo de toda la vida. Ningún individuo humano es inmune a las reacciones de los que lo rodean, quienes influyen y modifican su comportamiento en todas las fases del ciclo vital”. (Giddens, 2004: 784).

“En la socialización se transmiten creencias, valores y normas que forman parte de la conciencia y la identidad, tanto en su dimensión personal, es decir, en la forma de pensar y entender la vida de cada individuo como ser único; como también en su dimensión social, en la que comparten un marco común de relaciones en aras de una convivencia armónica: el yo público y relacional” (Álvarez Munárriz, 2015: 66).

La metodología, es decir “la estructura de procedimientos y reglas transformacionales por las que el científico extrae información y la moviliza a distintos niveles de abstracción con objeto de producir y organizar conocimiento acumulado” (Velasco y Díaz de Rada, 1997: 17) en este caso está basada en la teoría antropológica, y se elabora con la formación teórico-práctica adquirida en el estudio de dicha disciplina científica, conociendo sus antecedentes, los diferentes paradigmas científicos por los que ha ido pasando desde su surgimiento hasta la actualidad, y que a pesar de sus diferentes enfoques teóricos, todos ellos coinciden en que el concepto básico y central de la antropología es la cultura, aunque

la definan de distinta manera. Concretando algo más sobre los aspectos culturales sobre los que se desarrolla esta investigación, se debe apuntar que seguimos las propuestas presentadas por Álvarez Munárriz y Velandrino (2011: 55-77), en las que de forma operativa analizaran las dimensiones personal, social, cultural y territorial de la identidad y la conciencia desde un paradigma ecosistémico.

En esta investigación, desarrollada con un enfoque holístico e integrador, después de estudiar las peculiaridades del sector minero y sus ámbitos geográficos de localización, surge la necesidad de elegir un objeto de estudio abarcable, que en este caso tiene que ver con un ámbito esencial de la cultura, como son los valores. Una vez delimitado el tema de la investigación y muy en relación con éste, se establece la demarcación temporal del estudio: se puede considerar que la investigación se desarrolla en las dos primeras décadas del siglo XXI, aparte de remontarnos con la documentación bibliográfica, y los discursos de los informantes a tiempos pasados de la minería del carbón para conocer las bases que sustentan los valores compartidos e identitarios. En cuanto a la dimensión espacial del estudio: se han elegido dos ámbitos geográficos que no son debidos al azar: el grupo que habita en la localidad de Torrevieja, al considerarse el colectivo más amplio y concentrado geográficamente, al contar a inicios del siglo XX con una población de más de 300 personas jubiladas del sector de la minería que, con diferentes modalidades, residen en Torrevieja, localidad turística de la Costa Blanca al sur de la provincia de Alicante, con 14 km de costa y 61 km² de superficie, cuya población ha ido aumentando progresivamente desde el año 1970, con casi diez mil personas empadronadas, hasta casi ciento diez mil en el año 2015, de estos últimos según fuentes del ayuntamiento el 53 % son ciudadanos de origen extranjero, lo que nos indica el grado de diversidad cultural existente. Por otra parte, comunidades de las Cuencas Mineras de Asturias y de León, concretamente la cuenca de Sabero por ser una a la que aluden frecuentemente en sus discursos los informantes de Torrevieja, mineros que ejercieron allí su actividad laboral y han vivido una parte considerable de su vida, dejando en ella a sus familiares y amigos.

La muestra global del estudio se conformó con mineros de los dos contextos de investigación, en ambos se ha priorizado el número de informantes mineros jubilados y su unidad doméstica, intentado reflejar la gran diversidad que representan las categorías profesionales que se dan entre los trabajadores de este colectivo. También en los dos grupos de informantes se ha intentado incluir a representantes de ambos géneros, incluyendo a varias mujeres que nos ofrecen la realidad que ellas representan al participar

en la identidad minera. En el conjunto de la muestra elegida se nota su presencia minoritaria, debido a que en los últimos años se ha considerado una profesión eminentemente masculinizada, hecho que no siempre ha sido así, ya que en otro tiempo la presencia de las mujeres en las minas, más allá de la división sexual del trabajo, ha estado relacionada con las necesidades del sistema productivo, cuando éste ha requerido numerosa mano de obra, las ha contratado masivamente sin ningún miramiento, al igual que los menores de edad.

En la elección de informantes del grupo de Torrevieja se ha tenido en cuenta que fueran de distinta procedencia territorial, y de varias categorías laborales, edades y género, también se han incluido otros que surgieron en el desarrollo de la investigación, con la técnica de bola de nieve. Al ser imposible investigar todos los casos posibles, en el contexto de una tesis doctoral, se establece un grupo de estudio abarcable y observable, una muestra elegida con criterios de representatividad de un colectivo más amplio, centrándonos en 23 informantes que residen los distintos pueblos que conforman la Cuenca Minera de Sabero, muchos de ellos familiares o amigos de los residentes en Torrevieja, aunque abundan aquellos que trabajaron en la mina también se han elegido otros que no tuvieran una vinculación tan directa con el sector: trabajadores autónomos, maestras y sacerdotes. Así mismo, se han elegido 31 informantes que procedentes de Asturias y de León se encuentran residiendo en Torrevieja. Finalmente ha quedado constituida un repertorio de 55 informantes con una división inicial según el lugar donde se ha realizado la entrevista: en la cuenca minera, en Torrevieja o en ambos territorios en distintos periodos de tiempo. Entre ellos destacan una minoría que podrían designarse como “informantes claves”, unos debido a que por su trayectoria vital se han convertido en verdaderos expertos sobre el tema, y otros que se podían considerarse “informantes bisagra”, porque así se comportan al ocupar una posición privilegiada y ponernos en contacto con otros informantes.

Con la intención de alcanzar el objetivo marcado, se hizo uso en el desarrollo de la investigación de las técnicas de recopilación y tratamiento de datos que correspondían en cada momento, entendiendo por técnicas “los procedimientos operativos de los que el antropólogo se vale para recopilar y analizar los datos” (Rossi y O’Higgins, 1981), esos medios de trabajo con los que se obtienen los datos y posteriormente se transforman. Las técnicas usadas se pueden dividir en dos tipos según información recabada: cuantitativa o cualitativa. La información cuantitativa que sustenta esta investigación, se ha recogido en bibliotecas, archivos históricos municipales, museos, archivos parroquiales, actas

empresariales, censos de población, padrón de habitantes, actas de asociaciones, catastros, estadísticas de población, prensa e internet, tanto en la población de Torrevieja como en las cuencas mineras. En cuanto a las técnicas cualitativas que son las que han primado en esta investigación, al pretender con ellas mostrar una visión global de la cultura de los mineros, a través de datos descriptivos, procedentes de discursos y conductas observables en la interacción entre el investigador y los informantes.

TRABAJO DE CAMPO Y ANÁLISIS DE DATOS

En los dos territorios elegidos; la Cuenca Minera de Sabero y Torrevieja, se desarrolla el trabajo de campo aplicando las técnicas propias de la antropología y de otras ciencias sociales, con la estancia en la zona de estudio propia se posibilita participar en la vida local, conversar con la gente, la observación participante, hacer preguntas, construir el rapport y desarrollar la etnografía que etimológicamente significa: (ethos) grupo humano o pueblo y (graphé) descripción, que vendría a representar la acción de acumular datos para generalizar o singularizar el comportamiento, con la intención de crear una imagen fidedigna de este grupo de mineros. A través de la etnográfica definida como “un proceso basado en el trabajo de campo que realiza el antropólogo para alcanzar un conocimiento de un tema en un determinado contexto sociocultural y referido a una época determinada” (Pujadas, 2010: 17), se intenta recoger la forma de vida cotidiana de los mineros, para someterla al análisis y la interpretación, por ello, en esta investigación se considera a la etnografía como una parte de la metodología.

La investigación cualitativa como cualquier otra requiere evaluar y validar los resultados, por ello, a lo largo de la investigación se ha considerado necesario contrastar parte de la información que se ha generado, con varias fuentes de datos, consultando con los informantes privilegiados que se han mantenido accesibles durante el proceso de la investigación. Aquí se presenta el rigor metodológico como forma de evaluar, intentando ser fiel a los hechos, probando con datos objetivos las afirmaciones incluidas. También se ha procurado evitar la carga de subjetividad en los testimonios orales, lanzando la misma pregunta a varios informantes y contrastando las respuestas obtenidas. En ocasiones se ha usado la “triangulación metodológica” utilizando diferentes técnicas en el estudio de un mismo fenómeno.

LA SOCIALIZACIÓN EN VALORES COMO BASE DE LA RESPONSABILIDAD SOCIAL

Los valores, junto con las creencias y las normas actúan como catalizadores de sentido para las personas que las asumen como referencia (Antón Hurtado, 2012), siendo estos, convicciones morales que involucran sentimientos y emociones al definir lo que es preferible cuando se realiza un juicio. Se conforman en la interacción humana y se divulgan a través de ella. Aunque guían el comportamiento también son un fin en sí mismos, no solo un medio para tomar decisiones.

La plasticidad es una característica de los valores: son dinámicos, no permanecen inalterables ante el contacto entre las personas, varían en distintas épocas y lugares, “los valores nunca son entidades unívocas, ni homogéneas, cuyo contenido histórico y cultural podamos dar por supuesto con solo nombrarlos. Tampoco cabe entenderlos considerando cada uno aisladamente, sino en el denso juego que se establece entre todos ellos” (Sanmartín, 1999: 252).

Vemos así, cómo su naturaleza cultural los dota de dinamismo y complejidad, cambian, se influyen unos a otros y están entrelazados en una red de relaciones complejas. Los valores son diferentes dependiendo de las culturas o contextos en los que nos movamos. Varían, pero los cambios no se generan repentinamente, ni uno por uno sino que necesitan de tiempo y de interacciones frecuentes para cambiar. Bajo la superficie del cambio subyacen alteraciones y, más que una transformación de cada valor, cambia una estructura general que altera los componentes intrínsecos de varios de ellos que están unidos en una compleja red de relaciones.

Esta mayor o menor dinamicidad de los valores es lo que se desarrolla en las siguientes páginas, tomando como grupo de estudio y referencia una “comunidad” de mineros asturianos y leoneses que una vez jubilados o prejubilados del trabajo en las minas, donde desarrollaron su actividad laboral durante decenas de años, trasladan su residencia al pueblo alicantino de Torrevieja.

Los agentes de socialización, son aquellas instituciones o contextos dentro de los cuales se transfieren los contenidos de la cultura considerados ideales para vivir armoniosamente en una sociedad determinada en un tiempo concreto. Entre los agentes de socialización

principales que actualmente, a distintos niveles, repercuten en los comportamientos de las personas en la dimensión personal y social, así como en todas las etapas del ciclo vital (fundamentalmente en las iniciales), se encuentran: la familia, el sistema educativo, el grupo de iguales, el ámbito laboral y los medios de comunicación o *mass media*, y en la integración de estos ámbitos se conforma la responsabilidad social de la comunidad manifestada como valor vertebrador.

La familia es el grupo primario que tiene como función socializar a los hijos. A través de la convivencia diaria inicia a sus miembros en las costumbres y valores del grupo. Se considera la principal institución socializadora del niño durante la infancia, debido a que en ella se comparten las primeras experiencias y se transmiten de una generación a otra los primeros saberes.

En el caso que nos ocupa, se observan unos cambios visibles en los valores de las familias de unas generaciones a otras, desde la familia en la que nacieron los mineros en una sociedad tradicional agrícola-ganadera, hasta la familia que crearon ellos en las cuencas mineras y de la que en cierta manera siguen formando parte en la actualidad. Con el transcurso del tiempo, desde que nacieron estos mineros hasta la etapa de vejez en la que se encuentran hoy, esta institución a la par que ha experimentado los cambios sociales, políticos, económicos y culturales acontecidos en la sociedad, que repercuten notoriamente en la familia, ha variado su estructura y sus funciones. Estos cambios reflejan también en que se han modificado los valores que la amparan y que ella transmite: además de la familia nuclear doméstica que persiste en el siglo XXI, aparecen otros tipos de organización familiar que dan cabida a la diversidad. Se perciben también unas familias más democráticas, con la pérdida de autoridad patriarcal, que se ve reflejada en el cambio de normas que la amparaban y, como consecuencia, más igualdad entre el hombre y la mujer. Aunque las tareas del hogar y los cuidados siguen teniendo una adscripción por género, la mujer ha sido quien más se ha liberado de la exclusividad de los roles tradicionales con los que históricamente se la ha relacionado, pasando a acrecentar su vida social, sin dejar de ser la figura central del grupo. La familia sigue siendo un espacio de solidaridad entre sus miembros: de los padres con los hijos, como se pone de manifiesto en ese papel de “colchón” que durante las crisis económicas desempeñan; y también de los hijos con los padres, ofreciéndoles apoyo y prestándoles los cuidados cuando son mayores y dependientes.

Otro agente de socialización importante en la infancia es el sistema educativo, que desde las escuelas socializan a los alumnos de acuerdo a los valores culturales de cada época. De los años cincuenta a los ochenta del siglo pasado, en los pueblos de las cuencas mineras coexistían las escuelas públicas y las privadas o patronatos, estas últimas eran instituciones que varias empresas como Hulleras de Sabero y Anexas, Sociedad Anónima (en adelante HSA, SA.), ponían al servicio de los hijos de los mineros, y a través de las cuales transmitía sus valores formativos.

Fotografía 1. Escuelas del patronato de la empresa HSA, SA., en los años sesenta.



Fuente: Archivo fotográfico de la empresa HSA, SA.

Cuanta más mano de obra en las minas, más población en los pueblos y más niños y niñas en las escuelas: así, en los años sesenta solo en el pueblo de Olleros existían ocho aulas: dos de párvulos y seis de E.G.B., una por cada uno de los cursos desde primero hasta sexto, a las que asistían en algunos años más de cuarenta alumnos por aula. En total, había más de trescientos chicos y chicas escolarizados.

“El inspector me autorizó a quedar nada más con los niños que tuvieran asiento, ¡uh! O sea, me quedé con 36 ó 37, y el resto todos a la calle con objeto de obligar a la compañía a crear un patronato, hacer más escuelas [...] pues a lo mejor había de matrícula, pues lo que te digo, trescientos y pico, y éramos un profesor por cada curso, si eran ocho cursos, pues un profesor por cada curso, y no había especialidades ninguna, si tú tenías en el aula, yo he llegado a tener cuarenta niños, cuarenta niños con un profesor, que tenías, además dabas todas las asignaturas, no tenías un

profesor de educación física, ni un profesor de música, ni un profesor de, estabas con los casi cuarenta niños todo el día". (Maestra jubilada, 85 años).

Las escuelas del patronato estaban ubicadas en las viviendas del poblado minero. Las aulas se acondicionaban eliminando los tabiques intermedios, instalando pupitres y una pizarra y, al igual que en las aulas públicas, colocando en la pared un crucifijo y un cuadro con la foto de Franco. Había en los colegios de Olleros dos tipos de profesores: los que pertenecían a las escuelas nacionales, que eran tres, y los cinco que pertenecían al patronato de las escuelas de la empresa. En total eran ocho. Vivían todos en el pueblo, y establecían una fuerte relación entre la familia de los alumnos y el profesor que se encargaba de dar clase durante todo el curso escolar al mismo grupo de niños en todas las asignaturas, a excepción de religión, que la impartía el sacerdote del pueblo en todas las aulas.

"En la escuela, te aprendían las cuatro reglas, porque el maestro sabía poco más o menos que los alumnos, yo a la escuela fui siempre, fui a una la escuela que se llamaba 'La Panacea' [...] Allí estuvo un maestro que se llamaba don Nicolás, era de Yugueros, que tenía una pierna de palo, y era muy burro, allí aquello todo era a fuerza de leña, tres o cuatro días a la semana nos dejaba encerraos, yo de tanto miedo que le tenía, porque es que te pegaba unos palos, te, te tiraba de las orejas, te pegaba unos palos, de, de la madre que lo parió, era malo". (Picador jubilado, 92 años).

Se observa en los comentarios de las personas que acudían a clase en aquellos años, ciertas quejas y descontento hacia la escuela: por la falta de profesionalidad de los maestros y maestras, por el uso de la violencia física y la ineficaz forma de transmitir los conocimientos. Los métodos de enseñanza del sistema educativo en la mitad del siglo XX, estaban caracterizados por la violencia física "porque un bofetón a tiempo es una cosa que resuelve muchos problemas a la larga" (Maestra jubilada, 85 años); pero también una violencia psicológica, al promover sentimientos de culpa y miedo en los niños y niñas en edad escolar, "La insistente y avasalladora amenaza de pecado (y las consiguientes penas infernales) obliga a la gente a refugiarse en busca de ayuda y protección en los portavoces y representantes de las divinidades para obtener la remisión de sus pecados y librarse de las terribles penas eternas" (Terrón-Abbad, 2001: 185).

En los tiempos de la posguerra, la educación se administraba a través de métodos violentos

de enseñanza, tanto físicos como psíquicos. A través de ellos se transmitía a los menores valores relacionados con la culpa, el miedo y el temor al castigo, que estaban muy presentes en la educación católica.

Mira yo, aquello lo tengo muy grabao, cuando se mataron; Diego... cuando se mataron Diego y este... Meros, dos chicos que iban conmigo a clase, después de salir de la mina venían conmigo a clase los dos [...] los niños mineros con la muerte pues están muy relacionados, no cabe duda, muy hechos a ello, ahora yo procuraba... cuando había un accidentado, que decían ¡oye pues está fulano de tal que ha quedado enterraol! ¡Ah! pues vamos a pedir para que... y rezábamos por él. (Maestra jubilada, 85 años).

Vivir en un pueblo minero tenía una gran incidencia en la vida de los niños y niñas en edad escolar ya que la mayoría de sus padres y hermanos trabajaban en la mina y este hecho se manifestaba en la escuela y repercutía en el universo cultural de los menores.

El cierre, en el año 1991, de las instalaciones mineras de HSA, S.A., el principal complejo industrial de la comarca, originó un fenómeno de despoblación entre los pueblos de este ayuntamiento y otros limítrofes. Los habitantes de estos pueblos vieron cómo disminuía el número de alumnos en las distintas escuelas.

El Centro Rural Agrupado (en adelante C.R.A.), en sus dos sedes ofrece servicios educativos a los niños y niñas de todo el ayuntamiento, para ello se aprovecharon las instalaciones del antiguo colegio público “Santa Bárbara” ubicado en el casco urbano del pueblo de Olleros, y para la otra sede, se utilizaron las instalaciones del antiguo colegio de la empresa Hulleras de Sabero, situado en el pueblo de Sabero. El curso 2017/2018 se inicia con veintiún alumnos en el C.R.A.; 10 de ellos en el aula de Olleros y 11 en el de Sabero, distribuidos en grupos en los que se da clase de educación infantil y de primero hasta sexto de educación primaria. El C.R.A. cuenta con cinco profesores en plantilla fija alguno de ellos a media jornada, y también otros cuatro profesores “compartidos”, que imparten clases en varios colegios de la comarca. Ninguno de estos profesionales de la enseñanza reside en el pueblo donde está situado el colegio, hecho que marca una gran división entre el tiempo de colegio y el tiempo fuera de él. En el C.R.A., según el equipo técnico, se cumplen los dictámenes educativos que marca la ley: es aconfesional, no expone ningún símbolo religioso o político en las aulas, está prohibido el uso de violencia física y

psicológica, y el claustro desarrolla la normativa priorizando en el currículum los valores de: coeducación, enriquecimiento con la diversidad, respeto al medio ambiente, educación para la paz, solidaridad, higiene y salud, las tradiciones como fondo cultural, potenciar la autoestima y una actitud crítica ante la sociedad.

Por todo lo dicho, se puede inferir que durante la segunda mitad del siglo XX y los dieciocho años del siglo actual, en la Cuenca Minera de Sabero ha habido una variación en las características del sistema educativo relacionadas con los cambios demográficos, laborales y políticos.

En cuanto a la transmisión de valores, se puede afirmar que las personas que daban clases a los alumnos de E.G.B. en los años cincuenta y sesenta estaban influenciadas por una dictadura que limitaba el pensamiento. Era una época en la que el movimiento nacional católico inculcaba a través del sistema educativo sus valores. Sin embargo, en los tiempos de democracia, existe una Constitución donde se reconocen y protegen los derechos de los españoles entre los que se encuentra el derecho a la educación (art. 27), y los partidos políticos desarrollan normativas que actualizan el sistema educativo a los cambios culturales.

El grupo de iguales es un grupo social entre la familia y la sociedad cuya base de sociabilidad es la amistad. Habitualmente se crean entre los miembros de generaciones próximas, que durante alguna de las etapas del ciclo vital coinciden en diversos contextos: en el colegio, desarrollando actividades lúdicas, en el ámbito laboral, en el tiempo de ocio, etc. Todos ellos facilitan establecer relaciones de amistad que pueden continuar siendo significativas a lo largo de toda la vida. Teóricamente deberían de ser grupos más democráticos que la familia, al estar compuestos por miembros sin jerarquía establecida de antemano: personas que se unen de forma voluntaria y conforman un espacio social que les permite desarrollar la personalidad dentro de la identidad colectiva.

Estos grupos pueden también considerarse “pandillas”, que algunos autores definen como “la unidad social básica fuera de la esfera familiar” (Cucó, 1995: 399) y que representa uno de los contextos significativos para la socialización. Los grupos de iguales, pandillas o cuadrillas, como parte de la cultura popular, se regulan por la costumbre, conforman espacios de amistad institucionalizada, con formas ritualizadas de intercambio recíproco y

fomentan la cooperación en las relaciones, generalmente dentro de un grupo de edad, un mismo género y una misma clase social. Aunque tienen mucho más protagonismo en los estudios sociales, los grupos de iguales en la adolescencia (Mead, 1928), no son exclusivos de estas etapas, sino que se adaptan a todas las fases del ciclo vital.

Cuando estas personas residían en las Cuencas Mineras, las relaciones de amistad se escenificaban en distintos contextos según el género: los hombres, más en espacios de ocio como los bares o chigres y en ambientes laborales, con relaciones mediadas por demostraciones de ingenio, valor, fuerza y destreza; en cambio, las mujeres establecían y mantenían relaciones de amistad en espacios comunes ya fueran privados o públicos: viviendas, escaleras, plazas o cualquier lugar donde se encontraban, y estaban mediatizadas por aspectos relacionados con la vida diaria del hogar, la crianza de los hijos y el cuidado de los mayores. En cambio, en Torrevieja, una vez han dejado atrás los ámbitos laborales y la crianza de los hijos, los espacios donde estas personas se relacionan se acercan, llegándose a unificar, al reducir la barrera de la segregación por género.

Las tardes las pasamos los dos aquí en el centro asturiano. Los mismos matrimonios salimos a comer a algún restaurante de por aquí o nos vamos de excursión, menos a los bolos, que van ellos solos, a todo vamos juntos. (Ama de Casa, 75 años).

Estas pandillas cumplen varias funciones: son un medio de difusión de la información, transmiten valores y normas actualizadas, se convierten en un grupo de apoyo; pero, esencialmente, representan un espacio relacional que facilita el acceso y la intervención en la vida social: son grupos que participan en las actividades sociales, los rituales comunitarios, en el entorno social festivo (Cucó, 1995), con desfiles, peñas y otras actividades culturales que dinamizan las fiestas y tienden puentes entre lo privado y lo público, que facilitan la participación en la sociedad.

La socialización se extiende por todas las etapas del ciclo vital, y los ancianos siguen socializándose en los distintos grupos e instituciones de los que forman parte. Así lo hacen los mineros jubilados en las calles, bares y en todas las asociaciones a las que acuden con regularidad. Los miembros de estas cuadrillas comparten la cotidianidad, se acompañan en los ritos de paso, celebran fiestas, comparten aficiones y participan en actividades colectivas, y de esta manera van configurando una identidad colectiva y respaldan la

afirmación de que “la cuadrilla es para toda la vida” (Sanmartín, 1982; Cucó, 1994).

Al hablar del ámbito laboral como espacio de socialización, se debe apuntar que en el paso de una sociedad tradicional agrícola-ganadera en la que las unidades domésticas son también unidades económicas, a una sociedad industrial, donde los ingresos de la unidad doméstica proceden del trabajo en la mina de los varones, trae consigo un cambio de roles familiares: los hombres salen del hogar a realizar trabajos remunerados a edades relativamente tempranas, se les alquila su fuerza de trabajo y su tiempo, permaneciendo fuera de casa durante gran parte del día:

Yo empecé a trabajar aquí en la mina a los quince años justos. A tirar de pala como negro, la pala mide un metro largo y era más alta la pala casi que yo. (Tubero jubilado, 81 años).

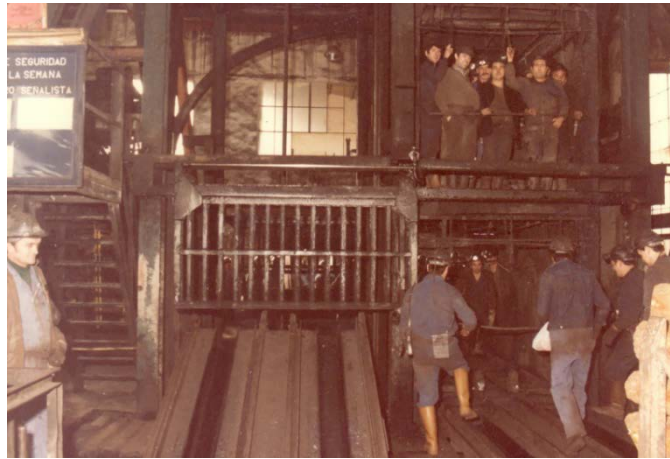
Con catorce años ya trabajaba en aquellas casetas que hay en el plano de la Herrera, donde estaba la maquinaria; de una fuente que había allí bajaba con un burro agua para los albañiles. (Entibador jubilado, 74 años)

Entrábamos a las ocho de la mañana y salíamos a las diez de la noche o más, trabajábamos los sábados y los domingos salíamos cuando estaban en misa. Yo a los hijos no les conocía más que de verlos los domingos, porque cuando marchaba estaban en la cama y cuando volvía ya estaban acostados. (Picador jubilado, 92 años).

Según los testimonios de estas personas, en la primera mitad del siglo XX, los jóvenes empezaban a trabajar en la mina a los catorce o quince años. A esas edades comenzaban a aprender un oficio que desarrollarían durante largas jornadas laborales, hasta que posteriormente se establecieron horarios de ocho horas.

En aquellos tiempos, los mineros no tenían mucha relación con sus familiares: los padres, debido al horario laboral fuera de casa tenían poco contacto con sus hijos y eran las mujeres las encargadas de su cuidado, y junto a los maestros de los colegios, de su educación. Era algo similar a lo que acontecía en los grupos domésticos de los pescadores que se pasaban varios meses en alta mar (Oliver, 1985; Sánchez, 1992). Estas formas de organizar la estructura familiar traen consigo un cambio de valores culturales que influyen en cómo los hijos de los mineros se socializaban e imaginaban la institución de la familia: las mujeres en el hogar y los hombres en la mina.

Fotografía 2. Entrada del relevo en la jaula para bajar al interior del pozo Herrera N° 2.



Fuente: Archivo fotográfico de la empresa HSA, SA.

El trabajo de las minas se desarrolla en contextos laborales separados de las actividades cotidianas del hogar, en un espacio aislado, oscuro, donde se creaba un ambiente de complicidad y dependencia mutua, propicio para transmitirse entre compañeros, además de los conocimientos propios del oficio, saberes globales sobre la realidad social. En la mina, a través de las formas organizativas de oficial y aprendiz, encabezado y ayudante, o de equipos de trabajo, los mineros pasaban muchas horas en compañía, se establecían relaciones de comunicación y fuertes lazos de amistad: el trabajo arriesgado, los altos índices de siniestralidad laboral y el continuo deterioro de la salud, les hacía valorar el presente cuando estaban fuera de la mina, disfrutar el momento, divertirse en el bar con sus amigos, como se expresa en esta copla que ellos cantaban:

*Cuando bajo jaula abajo,
me acuerdo de Dios divino.
Cuando subo jaula arriba,
me acuerdo de las mujeres, el tabaco y el vino. (Copla popular)*

Además de los mineros, se socializaban en la *cultura minera* otras personas que no trabajaban en los pozos pero que vivían en estos pueblos. Esto ocurría debido a que convivían con los mineros y sufrían de cerca las consecuencias de los frecuentes accidentes y conflictos laborales, pues eran temas de conversación que circulaban habitualmente en todas las unidades domésticas, sobre todo, en las que había miembros trabajando en la mina.

Cuando entré en la mina yo ya sabía lo que me iba a encontrar, estaba cansado de escuchar, a mi padre y a mi tío, hablar de la mina, que si la jaula, las vagonetas, el agua que corría por las cunetas. El primer día todo me resultaba conocido, tal como me lo había imaginado. (Vigilante jubilado, 67 años).

Así, los hijos de los mineros iban a trabajar a la mina sin recibir el gran impacto que recibían los que venían de fuera y no habían oído hablar de ella, ya que todos los miembros de la unidad familiar de los mineros, conocían de boca de estos, los entresijos de un oficio en el que no solo se socializaban los que trabajaban en él, sino, en cierta medida, la población en general: “la identidad de los vecinos como grupo se fue fraguando sobre los cauces derivados de la organización de la empresa minera” (García, 1996: 143), ya que *la cultura minera* se extendía fuera de la misma y llegaba a todos los habitantes de estas localidades, debido a la gran dependencia que se generaba entre empresa minera y población en general.

Con la globalización y los valores que la sustentan, se estandariza la vida del trabajador asalariado, la empresa recompensa social y económicamente los actos productivos, al tiempo que los pone en relación con el mundo de consumo, introduciendo a las unidades domésticas en un ciclo de trabajo-remuneración-consumo característico de las sociedades capitalistas.

Con el cierre de las minas y la poca sensibilidad de las administraciones públicas sobre el patrimonio cultural, se reduce la *cultura minera*, que poseía unos referentes identitarios fuertes, al mero testimonio de los objetos materiales acumulados en las vitrinas de los museos. Al no tratar de conservar el patrimonio cultural en su sentido más amplio, se corre el riesgo de perder los conocimientos que este trabajo aporta a las distintas formas de adaptarse al medio y de convivir, que forman parte de esa diversidad cultural que nos identifica como humanos. Así lo entiende Prats Llorenç (1997: 62):

El verdadero patrimonio cultural que la humanidad puede conservar y transmitir: el conocimiento, tanto el de los logros científicos y artísticos más singulares, como el de los sistemas y dispositivos culturales que han permitido al hombre en situaciones económicas muy diversas y en situaciones sociohistóricas muy cambiantes adaptarse a la vida en el planeta y a la convivencias con sus semejantes.

Como último agente de transmisión de valores, hablaremos de los medios de comunicación que han ido adquiriendo, con su desarrollo, una gran importancia debido a que la información se ha convertido en poder para quien la posee. Estos son espacios de difusión que transmiten valores con propensión homogeneizadora al ser destinados a la mayoría de la población. A través de la historia, los medios de comunicación tradicionales (prensa, radio, y televisión) han ido tomando distinto protagonismo hasta cedérselo a la tecnología de la información y comunicación digital que representa Internet.

Los medios de comunicación gestionan una imagen parcial de la realidad. Especialmente, la televisión muestra patrones culturales, modos de conducta, modas de consumo y roles sociales estereotipados. Dotan también de protagonismo mediático diferente a los hechos que acontecen porque discriminan la información conforme a sus intereses, prestando distinta atención a las noticias según lo que más vende y menos cuestiona las bases que los sustentan. Así, a unas no les prestan atención y a otras las exponen públicamente como hechos dignos de interés. Un ejemplo de ello lo vienen a representar los accidentes laborales que acontecen en las cuencas mineras españolas y que pasan inadvertidos a los medios de comunicación, en comparación con otras noticias, como las relacionadas con los 33 mineros chilenos que, desde el cinco de agosto hasta el trece de octubre del año 2010, permanecieron encerrados 69 días a 700 metros de profundidad en el pozo San José de las minas del desierto de Atacama. Día tras día se daba información en los telediarios, prensa y radio, hasta retransmitir su rescate en directo convirtiéndolos en figuras mediáticas.

Son muchos los intereses políticos, sociales, económicos o culturales que conforman un modelo de realidad mediática y no otro. En este caso, la diferente atención mediática, viene a reflejar qué resulta comercial e interesa a la audiencia: un accidente laboral en otro continente, cuyas causas y repercusiones no nos afectan directamente; pero no interesa tanto mostrar los accidentes que ocurren en las minas asturianas y leonesas. Tampoco se muestran en los medios de comunicación los conflictos que surgen entre el colectivo de los habitantes de las cuencas mineras y las empresas o entre los mineros y el Estado, discrepancias que se dan con regularidad dentro del territorio español así como fuera de él.

El verano del año 2012 en la localidad española de Ciñera de Gordón, la población de esta cuenca minera leonesa se moviliza en apoyo a los mineros y en contra de la decisión del

gobierno de recortar el 60% de las ayudas al “Plan del Carbón 2013-2018”. Estas personas luchan para que se mantengan las ayudas al sector, pretendiendo con ello evitar el inminente cierre de las minas, y lo hacen con manifestaciones, cortes de carretera y vías férreas, encierros en los pozos y enfrentamientos con las fuerzas de orden público. Protagonizan un conflicto que duró los meses de junio, julio y agosto del año 2012 y que finaliza con el fracaso de las protestas y la ejecución de los recortes planteados.

Otro ejemplo, bien ilustrativo de conflictos en las cuencas mineras es el denominado “Conflicto de Pampa Colorada”, acontecido en Chile en el año 2007 cuando las comunidades atacameñas se posicionan en contra de un proyecto que “pretendía extraer aguas subterráneas de las cuencas altoandinas ubicadas en la zona de Pampa Colorada. La extracción consistía en 32,4 millones de metros cúbicos de agua, es decir, el caudal de extracción media anual máximo sería de 1027 litros por segundo, actividad que se prolongaría por 20 años” (Azócar, 2015: 34). Poniéndose en disputa el uso del agua, surge un conflicto entre la población autóctona y las empresas mineras, ambas lo reivindican como necesario para sus intereses y se sitúan ante el problema en posiciones opuestas y asimétricas: desarrollo económico versus vida tradicional. Las empresas mineras precisan del agua para explotar un subsuelo lleno de minerales y justifican el uso del agua dulce con un discurso desarrollista, ya que la producción de mineral contribuye al impulso industrial, al aumento de la calidad de vida y a disminuir la pobreza. En cambio, los atacameños consideran el agua como un producto vital para su existencia, para alimentarse y realizar las tareas cotidianas del hogar, necesario para la agricultura, ganadería y generar electricidad, además de considerarse como nexo de unión entre los habitantes, fortalecer la comunidad como grupo social y poseer “una connotación simbólica en la cosmovisión andina” (Morales y Azócar, 2016: 120). Las comunidades atacameñas se organizan y unidas desarrollan acciones en el conflicto, persistentemente defienden sus intereses: el agua y sus costumbres relacionadas con ella, hasta que consiguen que en octubre de 2007 el proyecto sea rechazado por el Estado.

Estos hechos no han tenido un reflejo destacado en los mass media, pues muchas veces los medios de comunicación están influidos o son de responsabilidad del mismo Estado que es parte interesada en los conflictos. En España la decadencia del sector de la minería se ha relacionado con el abandono desde hace años por las distintas administraciones que instan a cerrar las instalaciones mineras tradicionales y en Chile con la sobreexplotación de

recursos híbridos y la contaminación del medio ambiente que se produce en la zona por parte de las empresas que extraen los minerales.

Todos estos agentes de socialización se han encargado y se encargan de transmitir de una generación a otra, el conjunto de creencias, valores y normas que constituyen los patrones culturales del grupo social que se organizaba alrededor de las empresas mineras.

SOLIDARIDAD MINERA

La solidaridad como “adhesión circunstancial a la causa o empresa del otro”, en el caso de los mineros, es uno de los valores que se identifican con este colectivo, tiene que ver con el desarrollo del trabajo en situaciones de riesgo que, como hemos apuntado, siguen estando presentes en el interior de la mina y se manifiestan en accidentes. La minería viene a conformar una interacción peculiar de personas y trabajo mediado por sentimientos de temor e incertidumbre, no solo para los que acceden a la mina, sino también para las personas que los rodean y que mantienen con ellos lazos familiares o de amistad.

Fotografía 3. Momentos posteriores al rescate de un minero accidentado.



Fuente: Archivo fotográfico de la empresa HSA, SA.

En situaciones extremas, ciertos valores como la solidaridad y el compañerismo se manifiestan, haciéndose presentes en circunstancias dramáticas, como en el trabajo de la mina, donde la seguridad de unos depende de otros que forman parte del mismo engranaje laboral y donde es frecuente accidentarse y necesitar ayuda:

Hoy estás enfadado con una persona en la calle y estás trabajando al lado de él o en otra rampa contigua, o en otro sitio, [ocurre un accidente] y hace falta ir a echarle una mano, y has de ser el primero en echarle la mano para sacarle, aunque mañana lo encuentres y no le hables, pero en el momento aquel le coges. Porque el corazón del minero lo pide así, de esa manera. No hay forma de negarse. (Picador jubilado, 57 años).

Al nombrar a los mineros se señalan los valores de solidaridad y apoyo incondicional como propios de los miembros del sector, pero se observa que afloran notoriamente en determinadas ocasiones, en las circunstancias dramáticas que representaban los accidentes en la mina, sucesos de intensa sociabilidad y de contacto con la fragilidad humana, donde es frecuente apiñarse en torno a los que necesitan ayuda.

Los accidentes y también las enfermedades profesionales, además de afectar a quienes trabajan dentro de la mina, producen sentimientos de incertidumbre en todos los componentes de la unidad familiar, que sienten miedo por la integridad física de los que se enfrentan diariamente al trabajo peligroso en la mina. Temor al que no es ajena toda la población de la cuenca minera, que ha afrontado en comunidad situaciones límites en el marco de los accidentes laborales y que han contribuido a conformar una identidad cultural en estos lugares.

Las actividades que las personas desarrollan en los espacios aportan también otros significados, y la interpretación cultural del lugar, la conciencia del mismo, se va configurando a través de una dinámica dialéctica entre los modos en que la gente entiende el lugar y las experiencias vividas en el mismo. Es por medio de esta dialéctica que un lugar llega a adquirir conciencia e identidad (Antón Hurtado, 2016: 345)

En las cuencas mineras otro hecho que contribuyó a fomentar el compañerismo y la solidaridad fue la unión de la clase trabajadora ante situaciones de necesidad y vulnerabilidad que se dieron con la llegada masiva de mano de obra a estos territorios. La solidaridad y el compañerismo no solo se dan dentro de la mina, sino que también se expande por los contextos mineros del exterior. Son muchas las unidades domésticas que se instalan a vivir en las cuencas mineras. Estas personas, en los primeros momentos, hacen uso del grupo de iguales para asentarse en un nuevo espacio desconocido para ellos y sin la presencia de familia extensa en la que apoyarse. Reciben acciones de ayuda que, en

correspondencia, ofrecerán a los que lleguen después. La misma cadena solidaria que existe en el interior de la mina, aunque con distintas características, se escenifica en las barriadas que se construyeron alrededor de los pozos mineros.

Nos encontramos con unos trabajadores que, por lo general, suelen identificarse con la clase obrera, con valores de compañerismo y solidaridad, valores que se reflejan en el comportamiento personal ante situaciones de riesgo y también en las acciones grupales, tal como se refleja en la más representativa de las asociaciones que existen en las cuencas mineras, que entre sus fines principales, además de los festivos, contempla los solidarios: “Artículo 2. Los fines de la asociación serán: celebrar La Fiesta de la Minería e influir en el bienestar de todos los mineros en general” (Estatutos Asociación Hermandad de Santa Bárbara de Olleros, 1991, p. 3). Con estos objetivos se pensaba en la colectividad, en el grupo de iguales que representaban los trabajadores de la mina que compartían una misma situación. Estos fines abarcan todo un abanico de acciones en aras de conseguir el bienestar de los mineros, y que llegaban a concretarse en ayudas que se concedían a los familiares de los mineros que perdían la vida en la mina o aquellos que sufrían otro tipo de desgracias, como el incendio de la casa.

Se puede afirmar que el riesgo que entraña el trabajo en la mina, la interdependencia de sus tareas y la fluctuación de personas por las cuencas mineras, parecen estar relacionados con los valores de solidaridad y compañerismo que identifican a los mineros del Valle de Sabero y que se hace extensible a toda la profesión, por conformar un grupo donde se adquieren unas relaciones intensas al compartir el miedo, la alegría, el temor, el éxito, los logros y las pérdidas. Como apunta Sennett (1998: 146): “El vínculo social surge de una dependencia mutua” y los mineros compartieron una motivación común, pues juntos se adaptaron al medio de una manera peculiar y trabajando en equipo sacaron los recursos del subsuelo que les permitieron subsistir.

En los conflictos laborales se producían situaciones en las que los trabajadores decidían interrumpir la actividad laboral por medio de paros, huelgas o encierros, con los que trataban de ejercer presión en las negociaciones colectivas, reivindicar mejoras en las condiciones de trabajo, o manifestar su protesta por algún hecho acontecido. En esos días no se acudía a trabajar a la mina, pero se desarrollaban actividades reivindicativas como colectivo: asambleas, manifestaciones, protestas ante diversas instituciones, cortes de carretera,

encierros o marchas a pie hasta Madrid (Primera Marcha Minera desde León a Madrid en Marzo de 1992). En todas estas actividades participaban, al lado de los mineros, otras personas que apoyaban la causa: mujeres y jóvenes de estas localidades, buscando juntos la máxima repercusión mediática posible. Estas acciones de presión, al tiempo que fortalecieron el sentimiento de grupo, contribuyeron a desarrollar medidas de seguridad, conseguir derechos laborales y ventajas como la reducción del horario de trabajo, unos salarios dignos, así como las vigentes ventajas en la cotización a la Seguridad Social.

CONCLUSIÓN

Las personas que viven o han vivido en las cuencas mineras siguen identificándose con valores de solidaridad fraguados en las relaciones de interdependencia, valores que se han forjado alrededor del carbón en los espacios de socialización: escuelas, hogares, tajos, cantinas, calles y plazas de las cuencas mineras. Los agentes de socialización han contribuido a reproducir el compañerismo y la solidaridad que han cristalizado en referentes de identidad, y se dan más allá de las cuencas mineras allí donde este grupo de personas se asienta, porque forma parte de su identidad colectiva. Se puede considerar que los valores de las personas que integran este colectivo son valores identitarios, debido a que se han conformado en un ambiente cultural determinado y continuamente son reactivados y asumen protagonismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Munárriz, L. (Coord.) (2011). *Conciencia e identidad regional en la Comunidad de Murcia*. Murcia, Fundación Séneca.
- Álvarez Munárriz, L. (2015). *Categorías clave de la antropología*. Sevilla, Signatura Demos.
- Antón Hurtado, J. M. (2012). "Antropología del sinsentido". *Revista de Antropología Experimental*, nº 12, pp. 349-371.
<https://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae/article/view/1874>
- Antón Hurtado, J. M. (2016). Conciencia y emoción. En Álvarez Munárriz, L. *El poliedro de la conciencia: Cerebro, Interacciones y Cultura*. Valencia, Tirant lo Blanch.
- Archivo de la empresa Hulleras de Sabero y Anexas, Sociedad Anonima. HSA, SA. León.

Azócar Duarte, R. A. (2015). *Pampa Colorada: conflicto etno-ambiental y Movimiento Indígena Atacameño*. Memoria para optar al título de Antropólogo Social, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.

Checa Olmos, F. (1995). *Labradores, pastores y mineros en el Marquesado de Zenete*. Granada, Universidad de Granada.

Clifford, J. (1999). *Itinerarios transculturales*. Barcelona, Gedisa.

Constitución Española de 1978. BOE núm. 311, 29 de diciembre de 1978.

Cucó Giner, J. (1994). La intimidad en público, Amigos y cuadrillas en España. En *VV.AA. Homenaje a Carmelo Lisón*, Madrid, CIS, pp. 387-405.

Cucó Giner, J. (1995). *La amistad. Perspectiva antropológica*. Barcelona, Icaria.

Escalera Reyes, J. Valcuende del Río, J. M., Ruiz Ballesteros, E. (1995). *Poner fin a la historia: desactivación de la minería y crisis social en la cuenca minera de Riotinto*. Sevilla, Instituto de Desarrollo Regional de la Universidad de Sevilla.

Estatutos de la Asociación Hermandad de Santa Bárbara de Olleros (1991).

García García, J. L. (1996). *Prácticas paternalistas. Estudio antropológico sobre los mineros asturianos*. Barcelona, Ariel.

Giddens, A. (2004). *Sociología*. Madrid, Alianza.

Mead, M. (1972 [1928]). *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Barcelona, Laia.

Menéndez Navarro, A. (1996). *Un mundo sin sol. La salud de los trabajadores de las minas de Almadén, 1750-1900*. Granada, Servicio de Publicaciones de Universidad de Granada.

Morales, H. Azócar, R. A. (2016). “Minería y relaciones interétnicas en Atacama”. *Revista de Estudios Atacameños, Arqueología y Antropología Surandina*, n° 52, pp. 113-126.

<https://revistas.ucn.cl/index.php/estudios-atacamenos/article/view/639>

Oliver Narbona, M. (1985). *Faenando en el mar; pesca en la costa alicantina*. Alicante, Universidad de Alicante.

Prats, Ll. (1997). *Antropología y patrimonio*. Barcelona, Ariel.

Prieto, J. (2007). *Mineros asturianos en Torrevieja. Un estudio antropológico sobre movilidad y residencia*. Alicante, Instituto Municipal de Cultura de Torrevieja.

Pujadas, J. J. (1993). *Etnicidad, Identidad cultural de los pueblos*. Madrid, Eudema.

Rossi, I. y O'Higgins. (1981). *Teorías de la cultura y métodos antropológicos*. Barcelona, Anagrama.

Ruiz Ballesteros, E. (2002). *Minería y poder; Antropología política en Riotinto*. Huelva, Diputación Provincial.

Sánchez Fernández, J. O. (1992). *Ecología y estrategias sociales de los pescadores de Cudillero*. Siglo XXI, Madrid.

Sánchez Fernández, J. O. (2004). *Trabajo, política e ideología en una Cuenca Minera*. Madrid, Siglo XXI.

Sanmartín Arce, R. (1982). *La albufera y sus hombres*. Madrid, Akal.

Sanmartín Arce, R. (1999). *Valores culturales*. Granada, Comares.

Sennett, R. (1998). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del nuevo capitalismo*. Barcelona, Anagrama.

Terrón Abbad, E. (2001). Coeducación y control social en la España de la posguerra. *Revista de Educación*. nº 326, pp. 183-193.

<https://redined.educacion.gob.es/xmlui/bitstream/handle/11162/76082/008200230399.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Velasco, H. y Díaz de Rada, A. (1997). *La lógica de la investigación etnográfica*. Madrid, Trotta.

Recepción: 5-10-2021

Aceptación: 29-12-2021